

Capítulo 129

Recuerdos inolvidables (1)

«Chengdu», exclamó Tang Gi-Mun con alegría mientras admiraba las vistas que le eran familiares. Calles coloridas se extendían ante él, llenas de innumerables tiendas y un bullicio de gente entrando y saliendo.

Para la mayoría del grupo, este vibrante paisaje urbano superó todo lo que habían presenciado y resonó con el espíritu vivaz de sus habitantes. Casi diez días después de su partida de la Meseta Occidental, finalmente llegaron a Chengdu, el hogar del Clan Tang.

Para Tang Gi-Mun y Tang Mi-Ryeo, sin embargo, fue un regreso a casa tras dos meses de duro viaje y combates intensos que resultaron en la pérdida de los otros jóvenes artistas marciales que los habían acompañado a Yunnan. Su supervivencia trajo consigo una pesada carga: la responsabilidad de comunicar la noticia de la muerte de sus camaradas y alertar al Clan Tang de una posible conspiración contra ellos.

Tang Gi-Mun se volvió hacia Jin Mu-Won y le dijo: «Vamos bien de tiempo, ¿qué te parece si descansamos aquí dos noches? Puedes quedarte en la Aldea de la Colina Tang mientras me reúno con el jefe del clan y le pongo al corriente de la situación».

"Eso funciona", asintió Jin Mu-Won de inmediato. Con la Cumbre del Cielo aún por delante y todos fatigados por el largo viaje, un breve respiro en un lugar seguro era una perspectiva bienvenida.

Si ves esto, estás en el lugar equivocado.

Ha Jin-Wol le dio una palmadita en el hombro a Jin Mu-Won y comentó: «Sabia decisión. Observar a una familia distinguida como el Clan Tang sin duda será invaluable para tu crecimiento».

Normalmente, para proteger sus secretos, las sectas y clanes gangho jamás permitían la entrada de forasteros a sus fortalezas. En cambio, se acondicionaban casas de huéspedes y lugares de reunión separados para los visitantes. Por eso la oferta de Tang Gi-Mun de alojarse en la Aldea de la Colina Tang era tan tentadora; les ofrecía la oportunidad de vislumbrar los misterios del centenario Clan Tang.

La razón del excesivo secretismo era que el espíritu de una secta no residía únicamente en sus artes marciales. Era omnipresente y se manifestaba en el entorno, los campos de entrenamiento, el estilo de vida y la filosofía de la secta. La preservación de su esencia era primordial, y estaban dispuestos a hacer todo lo posible por protegerla.



Incluso el formidable Ejército del Norte había desaparecido de la historia cuando su espíritu se quebró, ¿qué pasaría con una facción más débil?

Ha Jin-Wol creyó que esta revelación compensaría con creces el tiempo extra que pasaron en la Aldea de la Colina Tang, y Jin Mu-Won estuvo de acuerdo. Quedaba el último miembro del grupo, Cheong-In.

“No entraré en la Aldea de la Colina Tang. He estado demasiado tiempo sin contacto con la Luna Negra, así que debo visitar la Sucursal de Chengdu, informar sobre mis actividades recientes y esperar nuevas instrucciones. Cuando llegue el momento de partir, no me esperes. Te encontraré dondequiera que estés y me pondré al día”, dijo Cheong-In.

—Entendido —asintió Jin Mu-Won. A diferencia de Ha Jin-Wol, Cheong-In no era su amigo ni compañero. Mientras el espía formara parte de la Luna Negra, Jin Mu-Won no tenía derecho a interferir en sus acciones.

Cheong-In se fue, y Jin Mu-Won siguió a Tang Gi-Mun hacia la Aldea de la Colina Tang. Mientras caminaban, todos en el grupo percibieron la alegría de Tang Mi-Ryeo, quien disfrutaba de su tan esperado regreso a Chengdu.

Tang Gi-Mun sonrió. “¿Estás tan feliz de estar en casa?”

Al principio, Tang Mi-Ryeo quiso decir que sí, pero de repente su rostro se llenó de culpa al recordar a los miembros de la familia que no regresarían a casa con ella, ni siquiera como cadáveres.

Al percibir su agitación interior, Tang Gi-Mun le dio una suave palmadita en el hombro y dijo: «No es tu culpa que murieran. En el gangho, donde la muerte puede llegar en cualquier momento y lugar, lucharon con todas sus fuerzas hasta el final».

“Pero...”

“Aprenda a discernir cuándo la culpa es injustificada”, aconsejó Tang Gi-Mun.

“...Sí”, respondió Tang Mi-Ryeo en voz baja.

Ha Jin-Wol observaba a Tang Mi-Ryeo con interés. A diferencia de Jin Mu-Won, quien estaba acostumbrado a una vida al límite, Tang Mi-Ryeo había crecido protegida dentro de los confines del Clan Tang y no estaba acostumbrada a estar rodeada de muerte.

Aun así, no tenía consuelo que ofrecerle. Era un obstáculo que debía superar sola. Aun así, creía que si lograba superarlo, tendría el potencial de convertirse en una poderosa artista marcial por derecho propio.

Absortos en sus pensamientos, los cuatro se dirigieron a la aldea de Tang Hill. Pronto, divisaron una colina imponente a lo lejos. freeēwebnovel.com

Desde fuera, la aldea de Tang Hill parecía una aldea cualquiera, sin muros ni barreras.



Irradiaba un aire de apertura, como si cualquiera pudiera entrar y salir a voluntad.

Sin embargo, esto era solo una fachada. Al acercarse a la aldea, sintieron la mirada escrutadora de sus habitantes, quienes, aunque aparentemente modestos, eran maestros del asesinato. Ante la más mínima señal de hostilidad, las innumerables armas ocultas bajo sus ropas podían transformarse en una lluvia mortal de proyectiles, dirigida contra Jin Mu-Won y sus compañeros.

Si ves esto, estás en el lugar equivocado.

Este lugar es una fortaleza natural, comprendió Jin Mu-Won. Si bien carecía de murallas físicas, los hábiles artistas marciales que se encontraban aquí eran defensores más efectivos que las fortificaciones más sólidas. Esta revelación destrozó las ideas preconcebidas de Jin Mu-Won de que una organización marcial debía estar encerrada entre imponentes murallas.

Sin embargo, la cautela inicial pronto se disipó al reconocer a Tang Gi-Mun y Tang MiRyeo. Varias personas corrieron hacia el dúo para saludarlos.

"¡Has vuelto sano y salvo!"

"¡Mayor!"

Tang Gi-Mun y Tang Mi-Ryeo devolvieron sus saludos.

"¿Dónde está el jefe del clan?" preguntó Tang Gi-Mun.

"Probablemente en el taller."

Muy bien, debo reunirme con él ahora. Seguro que tienes muchas preguntas para nosotros, pero podemos hablar más tarde.

"Estamos aliviados de verlos a ambos de regreso sanos y salvos".

Además, estas personas son mis invitados de honor. Por favor, arreglen su estancia en el Pabellón de los Tres Soles.

"Comprendido."

"Gracias", respondió Tang Gi-Mun. Luego se volvió hacia Jin Mu-Won y Ha Jin-Wol y les dijo: "Por favor, acompáñenlos a sus alojamientos. Hablaré primero con el jefe del clan y me reuniré con ustedes por la noche".

"Entiendo."

"Entonces, me despediré ahora."

Con eso, Tang Gi-Mun partió rápidamente y Tang Mi-Ryeo lo siguió.

Ha Jin-Wol esbozó una gran sonrisa. "¡Vamos a relajarnos!"



A pesar de su grandioso nombre, el Pabellón de los Tres Soles era indistinguible de las demás residencias de Tang Hill Village. La única diferencia residía en el imponente recinto que le otorgaba cierta privacidad, protegiéndolo de miradas indiscretas.

Ha Jin-Wol soltó al Sr. Amarillo en un rincón del pabellón y luego le preguntó a Jin MuWon: "Voy a darme un baño. ¿Y tú?".

"Voy a descansar un poco."

—Está bien entonces —dijo Ha Jin-Wol mientras se dirigía al baño.

Dejado a su suerte, Jin Mu-Won se sentó en una cama, acunando a Flor de Nieve en sus brazos. Además de estar físicamente agotado, los sermones de Ha Jin-Wol habían llevado su mente al límite.

Cerró los ojos, concentrándose en su respiración, pero de repente, Flor de Nieve emitió un resplandor sutil y silencioso.

La tribu de la niña había vivido en la montaña sagrada durante generaciones. Sus raíces eran profundas, y se remontaban a la abuela de su abuela. En las Llanuras Centrales, la montaña se llamaba Monte Espada Oscura, pero para ellos, era la Montaña Sagrada y nada más.

Esta montaña les proporcionaba todo lo que necesitaban: comida, refugio y más. Cada año, celebraban un emotivo festival como muestra de su gratitud.

Como aprendiz de chamán elegida por la propia montaña, era responsable de ayudar en los ritos ceremoniales. Desafortunadamente, no pudo asistir en persona a las demás festividades, ya que quienes se convertían en chamanes tenían estrictamente prohibido el matrimonio y el contacto con el sexo opuesto: un camino difícil para una joven llena de sueños. Sin embargo, aceptó su destino y se dedicó a su función.

Dominó el arte de comunicarse con la naturaleza y perfeccionó sus habilidades curativas para atender a los heridos. Con el paso de los años, se convirtió en una formidable chamán.

Un día, cuando tenía quince años, una estrella cayó del cielo, creando un enorme cráter en la zona norte de la aldea. Tras observarla más de cerca, su mentor reconoció la estrella caída como una piedra sagrada y la consagró en el santuario de la aldea, donde la tribu la veneraba profundamente.

Tres años después, la anciana chamán falleció y la joven la sucedió. Ahora, era su responsabilidad cumplir con las tareas de su predecesora. Cada mañana, se levantaba antes del amanecer, se ponía las manos sobre la cabeza y rezaba pidiendo bendiciones para su tribu. Dejó de comer carne y adoptó un estilo de vida ascético. Sus oraciones parecieron surtir efecto, y la tribu prosperó.

Pero con la prosperidad llegaron las complicaciones. La tribu sintió curiosidad por el mundo exterior y anhelaba mayor interacción. Algunos querían aumentar la prosperidad



de la tribu interactuando con comunidades externas, y sus voces se hicieron más fuertes con el tiempo.

A pesar de sus protestas, el Jefe decidió conectar con el mundo exterior. La tribu intercambiaba sus recursos montañosos por bienes que les facilitaban la vida. Permitieron la entrada de forasteros a su territorio y adoptaron el estilo de vida acomodado que les siguió. Exploraron las montañas, cazando innumerables criaturas para intercambiarlas por bienes codiciados.

La montaña sagrada gritó en agonía, y su sufrimiento llegó a oídos de la chamán. Esta le rogó al Jefe que cortara el contacto con el mundo exterior, pero sus súplicas cayeron en oídos sordos.

Cuando cumplió veinticinco años, la catástrofe se abatió sobre ella. Un extraño entró en la aldea. Alto y poderoso, sembró el caos a su llegada, dejando muerte y destrucción a su paso. Guerreros tribales perecieron a sus manos, la aldea resonó con gritos y los gritos de desesperación del chamán llenaron el aire.

Él era un demonio.

La mayoría de los hombres sucumbieron a su despiadado ataque, mientras que las mujeres fueron conducidas a una vasta cueva donde permanecieron cautivas. Solo la chamán se le opuso. Aunque carecía del poder de los guerreros de la tribu, su voluntad indomable y la protección de la montaña sagrada alimentaron su resistencia. Intentó frustrarlo, pero sus esfuerzos fueron en vano. Impotente, observó cómo las extremidades de las mujeres eran destrozadas y una cruz gigante tallada en su carne. Cientos de mujeres se desangraron, absorbidas por él mientras sonreía amenazadoramente.

Se enfrentó al demonio con una ira insaciable y juró venganza: «Nunca te perdonaré. Nunca».

Su ira contra el demonio que asolaba a su amada tribu ardía con la misma intensidad que su amor por todo lo que amaba. Se volvió hacia la montaña sagrada y suplicó el poder de buscar venganza, sin importar el costo. Sus lágrimas de sangre se filtraron en la negra piedra del altar.

Jin Mu-Won salió de su ensoñación, con lágrimas corriendo por su rostro. El sueño había sido demasiado vívido como para considerarlo una simple fantasía. Abrumado por la emoción, apretó los puños con fuerza, empapándolo por completo de sudor.

Miró a Flor de Nieve. "¿Fuiste tú?", preguntó.

Flor de Nieve permaneció en silencio.

Con un suspiro, Jin Mu-Won intentó recordar el rostro del hombre de su sueño, pero no lo logró.

—La Cruz Démoniaca de Sangre —susurró, apretando su agarre sobre Flor de Nieve.

